

PEDROSA La isla de la salud



HÉLICE AVIACIÓN



SANTIAGO REGO. Fotos: CÉSAR CEA

En el pueblo de Pontejos, municipio de Marina de Cudeyo, la península de Pedrosa –antño isla, y cuya denominación popular no ha cambiado– es un caprichoso entrante de tierra que recorta el perfil sur de la bahía de Santander. Durante casi siglo y medio esta finca –hoy propiedad del Gobierno de Cantabria–, de frondosa vegetación y rodeada de una extraordinaria zona marisquera, ha sido testigo del esfuerzo de varias generaciones de personal sanitario por luchar contra las enfermedades de mayor incidencia en cada momento de la historia. Apestados, tuberculosos y, ahora, drogodependientes, se han recuperado en este tranquilo lugar.



Pedrosa tiene una extensión de 1.613 hectáreas, de las que 968 corresponden a la isla y 645 más a tierra firme. Esta ínsula, en el punto sur-occidental de la bahía santanderina, jugó un destacado papel, durante el siglo XIX y comienzos del XX, como lazareto del puerto de la capital. Su carácter de lugar aislado –todavía no existía el puente actual–, convertían a este islote en un enclave ideal para los fines perseguidos por las autoridades sanitarias de la época, vigilantes en todo momento de que las tripulaciones de los barcos que llegaban a puerto –la peste era una patología habitual– no contagiaran enfermedades a la po-

El embarcadero fue durante años el acceso natural a la isla.

blación.

El profesor y cirujano Francisco Vázquez de Quevedo, en su publicación “La Medicina en Cantabria”, y la historiadora Elena Gil Aguirre, en su “Catálogo Monumental del municipio de Marina de Cudeyo”, coinciden en la preocupación que existía en aquella época por controlar los posibles focos infecciosos a los que se exponía una ciudad portuaria, en donde cargaban y descargaban barcos procedentes allende los mares, por lo que no era difícil el contagio de males tropicales o de otro tipo.

Así las cosas, la Junta de Comercio de Santander inició, en 1834, los trámites para convertir a Pe-



DUOMARCO



DUOMARCO

La reina Victoria Eugenia en una visita a los niños residentes en el sanatorio de Pedrosa.



Colección Cruz Roja



De "Médicos y Hospitales de Santander" (Francisco Vázquez de Quevedo)

Repatriados de la guerra de Cuba en el Lazareto de Pedrosa, en 1898. A la derecha, vista parcial del Sanatorio Marítimo Antituberculoso de Pedrosa, en los años 70.

drosa en un lazareto o lugar de cuarentena. Esta lengua de tierra anexa al pueblo de Pontejos, por donde tiene su entrada, se convirtió de esa manera en punto de interés sanitario, una vocación que no se ha interrumpido. Los responsables de la salubridad pública encontraron en la isla el escenario perfecto para el control necesario de todos los barcos y tripulantes que accedieran al primer puerto de la entonces provincia, dado que los buques y marineros eran considerados potenciales vehículos de enfermedades contagiosas. No obstante, el título oficial de lazareto no llegó hasta 1869, momento en el que comienza operar con una finalidad que no se

interrumpirá hasta 1914.

Hasta ese momento, la ausencia de un lazareto obligaba a las autoridades portuarias a enviar el buque apestado fuera de nuestras costas. La Junta de Comercio, el Ayuntamiento de Santander y el puerto de la ciudad cerraron un acuerdo para cubrir los gastos de mantenimiento de la instalación, absolutamente necesaria en aquellos años, en los que la mortandad por el efecto de las enfermedades contagiosas era muy alta. Además, muchos de los afectados eran niños —a los que Pedrosa dedicó un especial cuidado con un pabellón específico—, y la farmacopea apenas se había desarrollado para hacer





frente a las patologías infecto-contagiosas.

UNA NUEVA UTILIDAD

La refundación de Pedrosa, con una nueva utilidad ligada a la salud, no se produjo hasta 1914, cuando una real orden de Alfonso XIII determina que el lazareto pase a convertirse en un centro preventivo y terapéutico, con carácter nacional, para enfermedades tuberculosas de localización ósea. El centro toma un nuevo rumbo, y pasa a denominarse Sanatorio Marítimo de Pedrosa, en una época en la que los gestores sanitarios buscaban asentamientos rodeados de naturaleza.

Pero, al margen de las enfermedades procedentes de la vía marítima, la situación sanitaria de

Vista aérea de la isla. A la derecha, el denso arbolado, con algunos ejemplares singulares, rodea las instalaciones, algunas de las cuales, como el antiguo sanatorio antituberculoso (abajo) o el teatro (al lado), necesitarían ser rehabilitadas.

Santander no era especialmente buena. En agosto de 1920 el Colegio de Médicos organizó unas jornadas sobre el estado de salud de la capital. La viruela y la tuberculosis generaban una gran preocupación entre los facultativos de la época, y provocaban efectos devastadores entre la población en lo que a mortalidad se refiere.

Este solar bañado por el Cantábrico reúne las condiciones propias de un parque natural marítimo-terrestre. La finca cuenta con una interesante masa forestal -de dimensiones gigantescas en algunos casos, y adornada con ejemplares de árboles singulares-, compuesta por pinos, castaños, acacias, plátanos, palmeras, robles, cipreses, tilos y, sobre





todo, eucaliptos.

Con estas cualidades a su favor, no es de extrañar que los directivos sanitarios de la época se fijaran en Pedrosa para iniciar la dura batalla que supuso, durante el pasado siglo, la lucha contra la tuberculosis ósea. El hospital llegó a tener 600 camas, y todavía hace treinta años —en 1976, cuando inició su decadencia— mantenía 250, tal y como se recoge en el registro del Patronato Nacional Antituberculoso (PNA).

El combate de este centro contra la tuberculosis se vio siempre apoyado por el Hospital Universitario Marqués de Valdecilla; pero, a partir de 1951, ese apoyo se refuerza con la entrada en funciona-

El establecimiento sanitario, junto a la recién restaurada capilla, está dedicado hoy a la rehabilitación de drogodependientes, y lleva el nombre uno de los directores del viejo sanatorio, Víctor Meana Negrete, a quien se ha dedicado una escultura en el recinto (abajo).

miento del Hospital de Liencres, cuya labor se centra en el aparato respiratorio. Vázquez de Quevedo recuerda que, en el año 1944, se contabilizaron en Cantabria 450 muertos por esta enfermedad, ya sea de manera directa o indirecta. Durante varias décadas en Pedrosa se ingresan enfermos con cuadros tuberculosos óseos o articulares, sin olvidar los casos de parálisis infantil y reumatismo de las articulaciones.

En el recuerdo perduran muchos médicos, pero muy especialmente tres directores: Víctor Meana, Rafael Colveé y, principalmente, Mariano Morales Rillo, quien recibió el encargo del Gobierno de Antonio Maura de organizar y dirigir el centro desde su





Al sur de la bahía de Santander, la isla ofrece una espectacular vista de la ciudad.

puesta en marcha hasta el año 1924. En esa época, el sanatorio recibió las visitas de personajes ilustres, como la reina Victoria Eugenia o el escritor Jacinto Benavente.

UN LUGAR SANO

Pontejos era un lugar idóneo para los fines sanitarios, pues ya en 1854 Pascual Madoz, en su Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España, señala que se trata de un pueblo “con un clima bastante sano, 58 casas distribuidas en tres barrios separados, escuela de primeras letras, una iglesia parroquial y dos ermitas”. El puente que comunica la isla con El Astillero a través de la ría data de 1966, y acabó con la popular figura del barquero entre las dos orillas.

El hospital se estructuró con un sistema de pabellones –tres en total– muy al gusto de la época –igual que ocurrió en 1927 con Valdecilla–, y contó con el material técnico y científico más moderno del momento.

Dos son las esculturas que figuran en el jardín del sanatorio marítimo: una dedicada a Manuel Martín de Salazar, director general de Sanidad del Es-



Monumento a Manuel Martín de Salazar, director general de Sanidad del Estado, bajo cuyo mandato se proyectó Pedrosa.

fue inaugurada, en agosto de 1920, por la reina Victoria Eugenia, aprovechando uno de los veraneos regios en el palacio de La Magdalena; y otra en memoria del doctor Víctor Meana Negrete, uno de sus directores más influyentes, y con cuyo nombre se conoce actualmente al sanatorio.

En 1989 se cerró el establecimiento sanitario, que muy poco después volvió a abrir como comunidad terapéutica, dedicada a la rehabilitación de drogodependientes. A este fin lo sigue dedicando hoy la Consejería de Sanidad.

La isla y su entorno se encuentran en buen estado de conservación, si bien alguno de los edificios necesitaría ser restaurado, lo mismo que el embarcadero y el local que sirvió de teatro, al borde mismo del mar. La capilla ha sido recientemente rehabilitada, y la Administración cántabra ha cedido al pueblo de Pontejos, a la entrada de la isla, una dotación de suelo para campos de fútbol e instalaciones deportivas.

Todo el lugar es propiedad del Gobierno regional, aunque los vecinos mayores de Pontejos resaltan



A pesar del desarrollo urbano e industrial, las marismas que rodean Pedrosa mantienen intactas sus riquezas y su importancia ecológica y paisajística.

aunque los vecinos mayores de Pontejes resaltan que la zona llamada de La Picota perteneció a la Junta Vecinal –no al Ayuntamiento de Marina de Cudeyo– hasta el año 1915. Al parecer, la Junta lo cedió de palabra –sin ningún documento escrito– a la entonces Diputación Provincial. De ahí que el Ayuntamiento y la Junta Vecinal hayan solicitado –hasta el momento sin éxito– al Ejecutivo autónomo su devolución para dar al solar una mayor utilidad.

VALOR MEDIOAMBIENTAL

En la cabecera de la ría de El Astillero, flanqueada por la frondosa isla de Pedrosa, está presente el hinojo marino, el plantado, la brasita, el limonium y diversos líquenes. El cada vez mayor tráfico del cercano aeropuerto de Parayas ha alejado a buena parte de las especies que allí anidaban –cormoranes, pitorros, paíños y palomos, entre otras–, y hoy sólo se observan las gaviotas argénteas, los cisnes y alguna otra ave común.

Las marismas de Camargo, de Astillero y de Parayas –y Pedrosa es un rico activo de ellas–, reúnen, a juicio de los expertos, los espacios mejor conservados, y el movimiento mareal de la bahía santanderina permite la existencia de una nutrida

fauna, que sirve de alimento para el hombre y para las aves que utilizan este espacio como refugio. Lubinas, doradas, chirlas y almejas son algunas de las especies presentes en su entorno.

El marisqueo y la pesca han sido, durante muchas décadas, una importante fuente de ingresos para las familias del lugar. La tradición continúa, y Pedrosa es un privilegiado observatorio del duro trabajo de los mariscadores, con las interrupciones que marca la Consejería de Pesca del Gobierno regional.

Actualmente a la isla sólo pueden entrar los vehículos autorizados, pero son muchos quienes recorren a pie una finca con unas condiciones paisajísticas y naturales excepcionales. No está situada en la ruta natural de acceso al municipio de Marina de Cudeyo por el puente de Pontejes –y que continúa con el que une Pedreña y Somo–, pero los amantes de la naturaleza tienen, a tan solo diez kilómetros de Santander, un enclave no muy conocido que merece la pena visitar. A pesar del desarrollo urbano e industrial, las marismas que rodean a Pedrosa mantienen intactas sus riquezas, lo que hace de este complejo un lugar de gran importancia ecológica, y uno de los espacios naturales más her-

